

## Metáforas en peligro de extinción

José María Parreño

**E**n el pretérito imperfecto de la realidad, el Artista del Mundo hacía ensayos: ¿Mejor la dureza para la piedra o para el corazón? ¿El amor, será la fuerza que sujete el sol y las estrellas o la literatura de un espasmo muscular? ¿Hambre de cuchillos o de pan? ¿Y el pan, de qué? ¿De grano triturado hasta la nube, de justicia o nada más que un sonido hueco que presagia dolor? Estaba el mundo en borrador, en boceto que corregía una vez y otra vez. Tachaba continentes con bruscos terremotos, convertía el pájaro en reptil retocando los genes con el pincel nervioso de una mutación; según su humor, las cristalizaciones se tornaban nieve, sal o bruscas floraciones en el extremo de una rama seca. El Artista escribía –digámoslo así– y era la vida con su rima de otoños amarillos. Otras veces borraba un verso hecho de un río en exceso fogoso, y por fin, con maestría, compensaba la concisión del Ártico con el efecto lírico de la aurora boreal.

Los maestros antiguos, desde Salustio a Escoto, desde Ibn Arabi a San Agustín, neoplatónicos y emblemistas entendieron lo que llamamos realidad y el curso de la vida como un mensaje transcendente. El mundo era un libro para cuya lectura era imprescindible utilizar los anteojos de la metáfora. Octavio Paz, con un pie en el pasado y otro en el futuro, es decir, moderno hasta la médula, lo enunció con condescendencia: «Frente a los azares de la existencia, la analogía hace habitable el mundo». Casi desde el origen, la raza más vulnerable de los mortales ha tenido y tiene como tarea deletrear esa escritura. Lo hacen al revés, pero sirve lo mismo. Escritores, artistas, forjadores de mitologías creen inventar... e inventan, pero de acuerdo con el sentido latino de la palabra: encuentran. Desenredan conexiones perdidas, desembarazan de légamo los puentes, restauran la unidad perdida entre las partes de lo que fuera un cosmos de maciza coherencia. Saben, por ejemplo, que todas las metáforas son verdad. La obra de arte lo sugiere una y otra vez: la piedra es corazón desde el momento en que una flecha lo traspasa tan certera. El milagro lo materializa de forma incontestable: las piedras son pan.

Ya sea todo lo dicho hasta ahora una genial intuición o una igualmente genial superchería, da lo mismo. Creo, con Hölderlin, que todo lo real tuvo antes que ser imaginado. Lo cierto es que el cambiante concepto de la naturaleza que ha ido urdiendo el hombre retrata a la perfección su alma. A lo largo de los últimos siglos ha sido mero objeto de explotación económica y esa función utilitaria, topográfica, tuvo la pintura de paisaje neoclásica. Como escenario de ansias sublimes que no podía contener ningún pecho humano apareció en los escenarios inconmensurables del romanticismo. En la segunda mitad de este siglo, una naturaleza entendida en sentido amplio, desde los fenómenos atmosféricos a los procesos químicos, fue el objeto de tratamientos artísticos también cada vez más imprevisibles e ilimitados. En estos últimos años del milenio ha tenido lugar una transformación aún más radical. Hoy en día hablar de naturaleza es una mentira aceptada, desde el momento en que la naturaleza no existe como tal, como lo contrario a lo artificial o lo cultivado. Términos como «parque natural» o «espacio protegido» dan la medida de la tergiversación a que hemos sometido el concepto original de naturaleza. Así las cosas, poco más podemos hacer que respetar lo natural domesticado, sometido, arrinconado. Respetarlo y, por otro lado, poner en evidencia su situación. Uno de los mitos más nocivos del industrialismo ha sido postular que una naturaleza deteriorada por la intervención humana aún podría salvarse mediante más intervenciones. Así hasta llegar a la ortopedia universal. Hoy en día, un arte honesto ya no puede representar la naturaleza, sino su destrucción.

La obra de José Luis Tirado ironiza sobre la posibilidad de reconstruir técnicamente lo que la técnica ha aniquilado. Árboles con savia de alambre, ramajes injertados en postes telefónicos, viento sostenido en vilo por andamios. La delicada belleza de estas esculturas sugiere que en realidad, hoy en día, toda belleza natural es definitivamente falsa. Y en sentido contrario: casi podríamos decir que la naturaleza reside hoy con mayor probabilidad en lo abandonado a su suerte, en lo deforme y lo monstruoso, que en la perfección y la belleza, mantenida de forma necesariamente artificial, siempre puesta a rendir estética o económicamente en beneficio de alguien.

La extinción de especies vegetales y animales, la destrucción del paisaje y las alteraciones climáticas no sólo suponen graves perjuicios para las condiciones de vida de la humanidad. No se trata sólo de daños materiales, hasta hace poco, además, nada valorados. La catástrofe se da también en el imaginario y se hace imposible entender la herencia cultural. La destrucción de esas regiones invisibles sólo puede compensarse con operaciones que, aunque ancladas en lo material, se erigen en otro lugar. Actos en la así llamada realidad que tengan por efecto plantar árboles para sombrear los sueños de la fiebre, que mantengan vivos nuestros terrores, pues no sabemos —en el ecosistema de las emociones— de qué sentimientos aún más peligrosos se alimentan para sobrevivir. La obra de arte, o por lo menos éstas de José Luis Tirado, cumplen para mí esta función de preservar la biodiversidad en las tierras del espíritu.